

H I S T O R I A S D E L A A M A Z O N Í A

VOLUMEN III / HUÁNUCO

• VENENILLO •



CUANDO EL PLÁTANO VENCIO A LA COCA



ALIANZA
POR LA AMAZONÍA
FRENTA AL COVID-19



Director:

Alberto Hart

Coordinadores generales:

Componente de comunicación para el cambio de comportamiento:

Daniel Posadas

Componente de soporte psicoemocional:

Milton Rojas

Componente de recuperación económica:

Fabiola Céspedes

Proyecto de comunicación “Historias de la Amazonía”

Coordinación general:

Daniel Posadas

Producción:

FÁBRICA DE IDEAS

Edición general: Walter Li

Redacción: Joseph Zárate (Huánuco), Xabier Díaz de Cerio (Loreto), Walter Li (Ucayali), Giovanna Dioses (Junín)

Fotografías: Omar Lucas (Junín y Huánuco), Enrique Castro-Mendivil (Ucayali y Loreto)

Diseño y diagramación: Augusto Chávez de Bedoya, Raphael Guevara

Infografías: Carlos Ramírez

Piezas digitales: Erika Nako

Landing page: José Luis Villanueva

Esta publicación fue posible gracias al apoyo del pueblo de los Estados Unidos de América a través de la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional. Los contenidos son responsabilidad de la Alianza por la Amazonía frente al Covid-19 y no reflejan necesariamente la opinión de la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional o del Gobierno de los Estados Unidos.

Todo el equipo periodístico que participó en la producción del proyecto “Historias de la Amazonía” se sometió a control de temperatura y se realizó test PCR antes de viajar. Durante el trabajo de campo se garantizó una distancia adecuada con los entrevistados, y tanto los fotógrafos como los redactores usaron mascarillas en todo momento, especialmente cuando se sugirió a los retratados retirarse la mascarilla para hacer las fotografías.

Todos los derechos reservados

Prohibida la reproducción de este documento por cualquier medio, total o parcialmente sin permiso expreso.

Editado y desarrollado por CEDRO. Calle Enrique Palacios 335, oficina 501, 15074 Miraflores. Lima, Perú.

• PRESENTACIÓN •

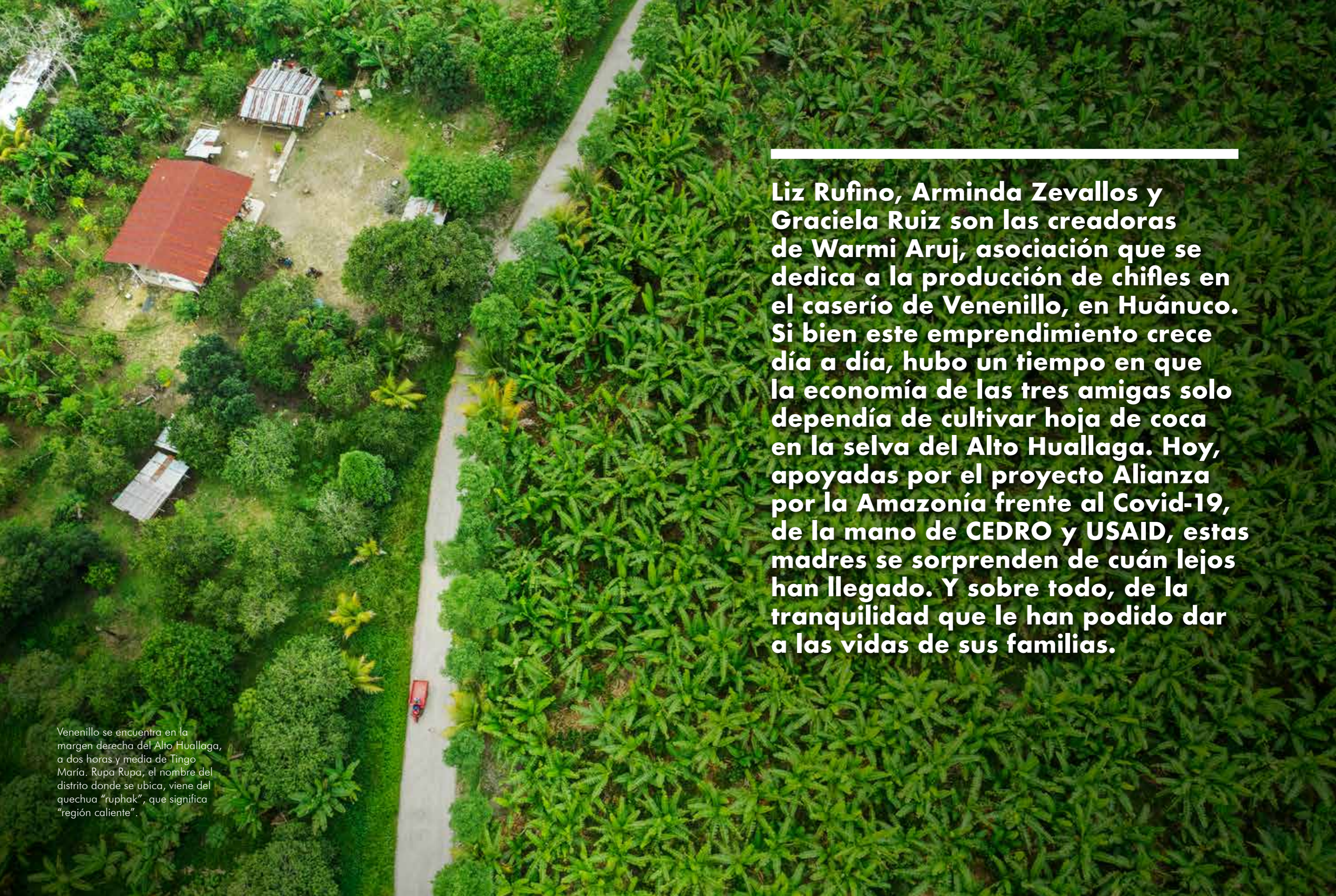
Desde el año 2020, CEDRO y USAID ejecutan el proyecto Alianza por la Amazonía frente al Covid-19 en comunidades indígenas de las regiones de Huánuco, San Martín, Ucayali, Junín, Loreto y Pasco. Este proyecto ha contribuido a mitigar los impactos sanitarios, sociales y económicos de la pandemia en poblaciones vulnerables de localidades de desarrollo alternativo. La crisis desatada por la emergencia sanitaria mundial no solo provocó en estas regiones del Perú miles de muertes —hecho que evidenció las deficiencias del sistema de salud público—, sino también que una gran parte de la población perdiera sus trabajos o padeciera problemas emocionales.

En esta coyuntura, el proyecto desarrolló acciones comunicacionales (con un enfoque preventivo y sanitario), de soporte en salud mental y de recuperación económica. Para ello realizó intervenciones a través de tres componentes: (1) Comunicación para el cambio del comportamiento, (2) Orientación, consejería y contención emocional y (3) Recuperación económica en comunidades indígenas (educación financiera, promoción de iniciativas y apoyo directo para el inicio/fortalecimiento de emprendimientos).

“Venenillo: cuando el plátano venció a la coca” es el relato de este caserío del distrito de Rupa Rupa, provincia de Leoncio Prado, en la región Huánuco, que busca dejar atrás los tiempos violentos en donde imperaba el narcotráfico y el terrorismo a través de actividades productivas que les permitan mejorar su calidad de vida. Hoy se viven tiempos nuevos en Venenillo: con el apoyo de la Alianza por la Amazonía frente al Covid-19, sus pobladores, sobre todo las mujeres, se han empoderado y tienen mayores conocimientos para lograr generar ingresos para sus familias.

Hasta la fecha, los pueblos indígenas con los que la Alianza por la Amazonía ha trabajado corresponden a 12 etnias: Kichwa, Awajun, Ashaninka, Yanéscha, Nomatsigenga, Shipibo-Conibo, Yagua, Urarina, Kukama, Kakataibo, Asheninka y Yine, en donde el 68% de personas beneficiarias son mujeres. Si bien aún quedan muchos retos por afrontar, poco a poco estas comunidades nativas se están convirtiendo en protagonistas de su propio desarrollo.

Su futuro es bastante promisorio. ●



Liz Rufino, Arminda Zevallos y Graciela Ruiz son las creadoras de Warmi Aruj, asociación que se dedica a la producción de chifles en el caserío de Venenillo, en Huánuco. Si bien este emprendimiento crece día a día, hubo un tiempo en que la economía de las tres amigas solo dependía de cultivar hoja de coca en la selva del Alto Huallaga. Hoy, apoyadas por el proyecto Alianza por la Amazonía frente al Covid-19, de la mano de CEDRO y USAID, estas madres se sorprenden de cuán lejos han llegado. Y sobre todo, de la tranquilidad que le han podido dar a las vidas de sus familias.

Venenillo se encuentra en la margen derecha del Alto Huallaga, a dos horas y media de Tingo María. Rupa Rupa, el nombre del distrito donde se ubica, viene del quechua "ruphak", que significa "región caliente".

P

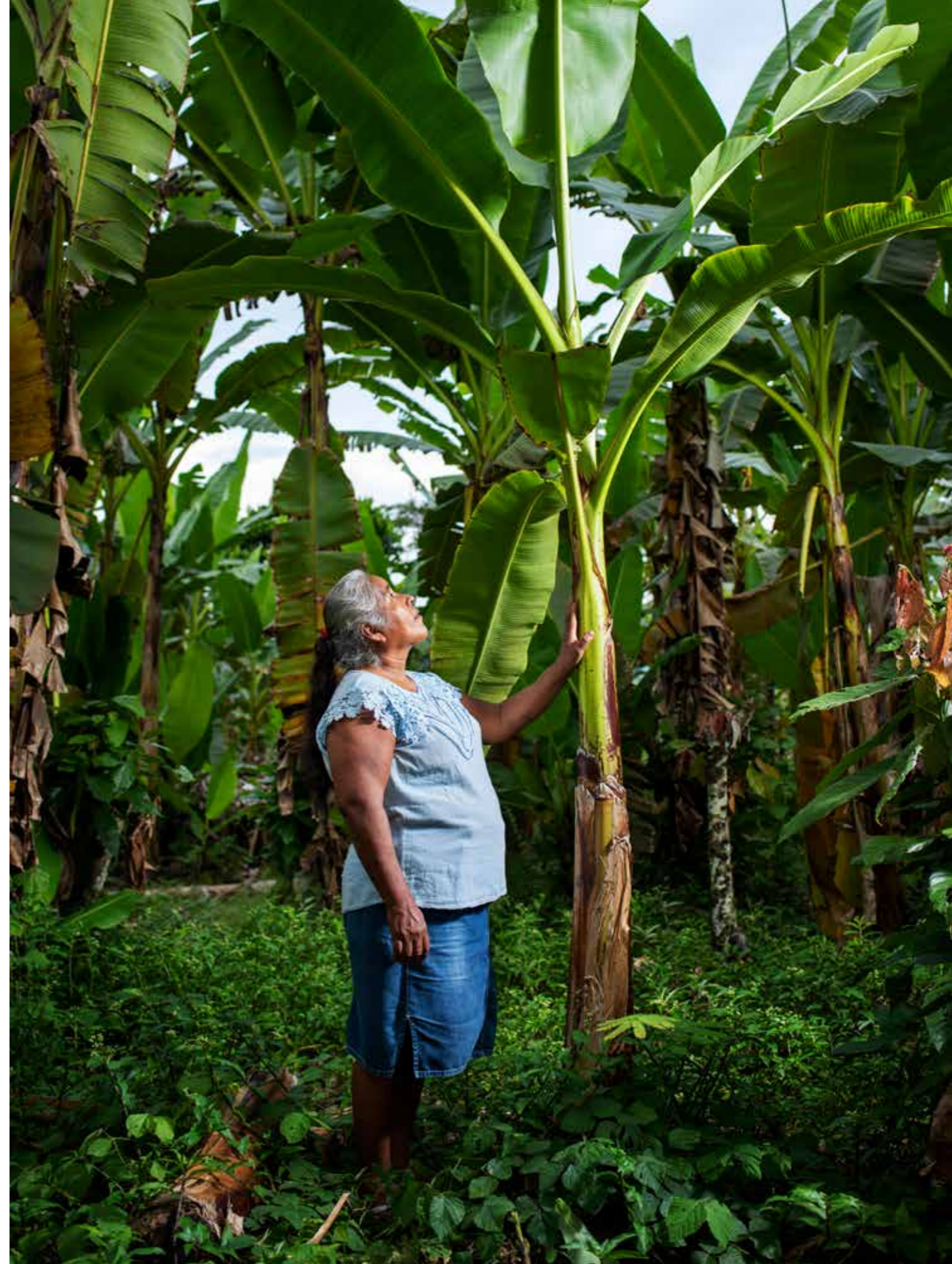
reparar el mejor chifle, ese snack tan popular en las mesas del Perú, no se trata solo de cortar en pedazos cualquier plátano y arrojarlos a una sartén repleta de aceite hirviendo. Hace falta precisión. Tienes que saber que el palillo verde, y no el maduro, es el más adecuado. Tienes que saber que el aceite correcto es el de soya. Tienes

que contar esos cinco minutos que dura la fritura, y luego dejar enfriar todo otros 10 minutos sobre un papel absorbente antes de servirlo. Solo así lograrás que esa delgada lámina de fruta tenga ese color “amarillito”, esa textura crujiente, con el equilibrio justo entre lo salado y lo ligeramente dulce.

De todo eso, muy poco sabían las tres amigas, socias y protagonistas de esta historia, cuando empezaron su negocio. “Al principio hemos sufrido, pero hemos aprendido”, se ríe Liz Rufino, 55 años, serrana y huanuqueña, con mandil, mascarilla y gorrito blancos, mientras mueve la manivela de la cortadora — “la chiflera”— que deja caer varias láminas de palillo en una freidora de acero con 12 litros de aceite súper caliente. “Antes, picando con cuchillo o con un rallador manual nomás era. Así hemos intentado, ¡y hemos hecho malograr todo el plátano! Ahora ya somos unas profesionales del chifle”.

Es una mañana soleada de mayo en Venenillo, un pequeño caserío de calles de tierra y casas de madera ubicado en la margen derecha del poderoso Huallaga, una selva montañosa y húmeda, donde unas 600 familias (sobre todo, migrantes andinos) se dedican a cultivar la tierra y al comercio minorista de abarrotes. Aunque la zona no es famosa precisamente por eso. Este valle, conocido como el Alto Huallaga, fue el escenario simultáneo de la corrupta prosperidad del narcotráfico —el cultivo masivo de hoja de coca— y de la guerra entre las Fuerzas Armadas y Sendero Luminoso a fines del siglo pasado. Ahora, sin embargo, la gente

Liz Rufino es la presidenta de la asociación Warmi Aruj, la cual en el último año ha duplicado la producción de sus chifles. Estos se venden, incluso, fuera de Venenillo.





Esta clase de emprendimientos permiten que las personas no regresen al cultivo de la coca y puedan vivir tranquilas, sin miedo. Las familias tienen la gran motivación de que sus hijos no pasen por lo que ellas pasaron.



ALBERTO HART

DIRECTOR DE LA ALIANZA POR LA AMAZONÍA FRENTE AL COVID-19

de Venenillo, testigos y sobrevivientes de esos años sangrientos, intentan vivir un tiempo nuevo: Liz Rufino, Arminda Zevallos y Graciela Ruiz, fundadoras de la asociación Warmi Aruj (“mujer trabajadora” en quechua) son testimonio de ello.

Desde finales de 2020, cuando el Perú sufría la más alta tasa de mortalidad por Covid-19 en el mundo, las tres madres y agricultoras recibieron más de 40 horas de capacitación y asistencia técnica para resistir la crisis económica causada por la pandemia. Por impulso del proyecto Alianza por la Amazonía frente al Covid-19, de la mano de CEDRO y USAID, aprendieron sobre innovación y atención al cliente, manipulación de alimentos, registro sanitario, buenas prácticas de manufactura y otras habilidades para desarrollar sus talentos como emprendedoras.

Una semana atrás, por ejemplo, sus chifles de palillo fueron la sensación en la feria de Aucayacu, un pueblo cercano: vendieron 300 bolsas de 45 gramos y 20 bolsas de un kilo en cuestión de horas. Los chifles que preparan esta mañana, en un espacio iluminado de la casa de Liz Rufino, presidenta de Warmi Aruj, serán despachados a nueve bodegas de Venenillo. A pesar de que han tenido que buscar un reemplazo para Graciela Ruiz, una de las tres socias, por una lesión en la espalda mientras cosechaba plátanos, las emprendedoras cumplirán su trabajo.

Izquierda. Cuando el plátano palillo aún está verde, y no maduro, es ideal para la producción de chifles.

Derecha. La fruta se remoja en agua tibia, luego se pela y lava nuevamente para quitarle la resina.

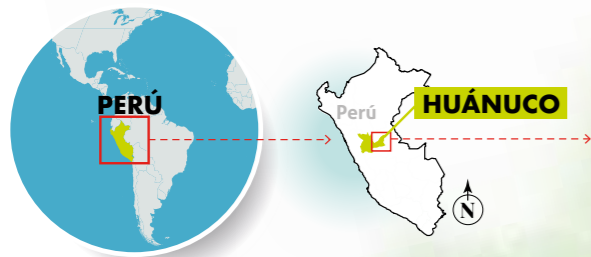
Abajo. Las láminas de palillo pasan por una freidora de acero con 12 litros de aceite de soya.

(Continúa en la página 13)



Si bien los primeros pobladores de Venenillo ocupan el lugar desde los años cuarenta, recién en el año 2018 se convirtió oficialmente en un caserío.

S O B R E VENENILLO



Pueblo:
Migrantes de la sierra de Huánuco.



Población:
492 habitantes
(Censo Nacional INEI 2017)

Sin embargo, se estima que esta cifra podría ser mayor y llegar a los 2 mil pobladores, pues muchas personas, aunque viven en este caserío, no tienen registrado su domicilio fiscal allí.



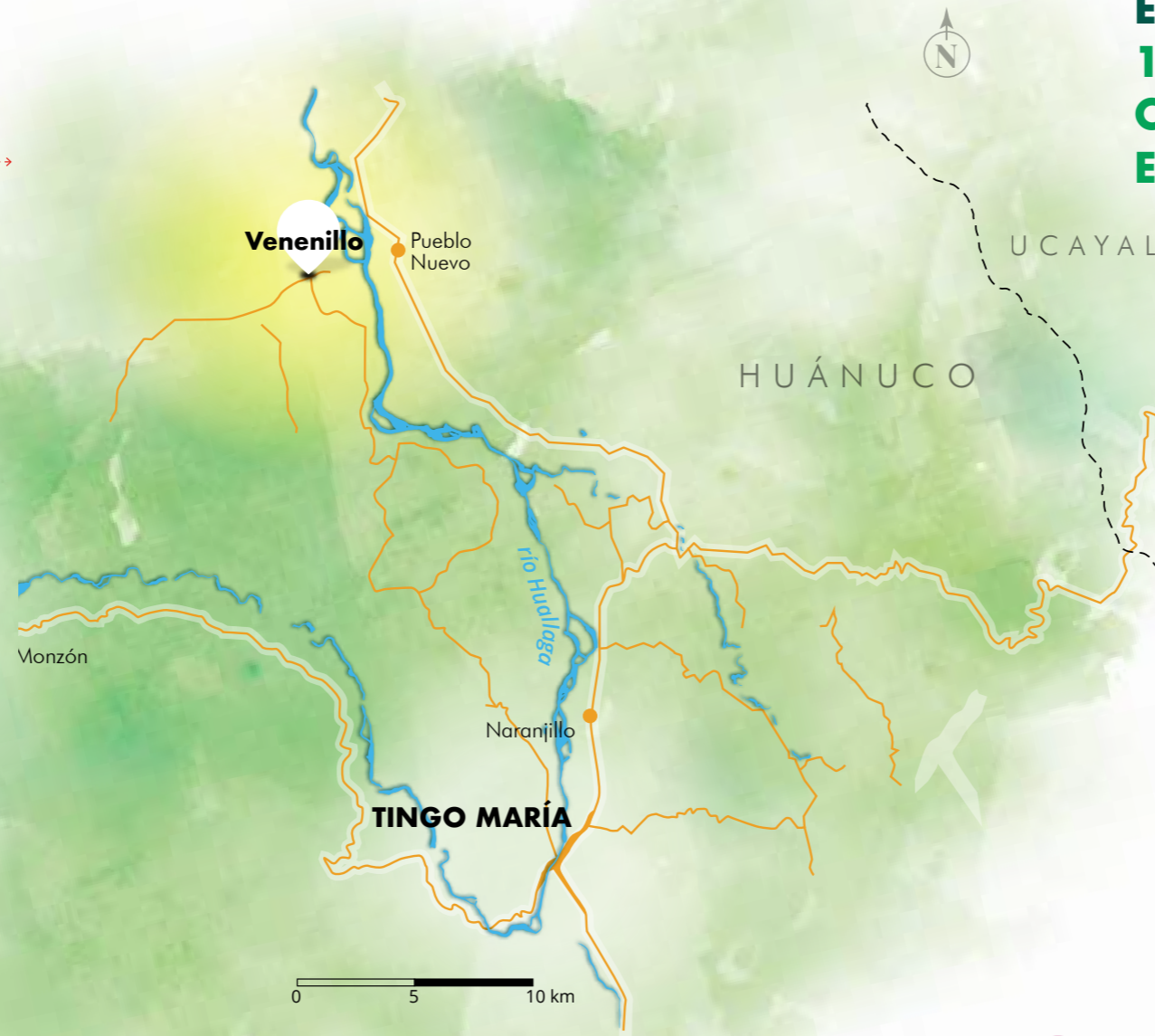
Superficie:
4 953.02 km²



Fundación:
Si bien los primeros pobladores fundaron Venenillo en 1948, recién en el año 2018 este se convirtió oficialmente en un caserío.



Alianzas:
Devida, Foncodes, CITE Agroindustrial Huallaga, Senasa, Gobierno Regional, Agencia Agraria, entre otros.



Actividades principales

AGRICULTURA



Plátano



Cacao



Café



Palma aceitera



PISCICULTURA



EXTRACCIÓN DE MADERA



COMERCIO DE ABARROTES

SEGÚN DATOS RECOGIDOS POR EL GOBIERNO MUNICIPAL, EN VENENILLO 9 DE CADA 10 HABITANTES VIVÍAN EN CONDICIONES DE POBREZA O EXTREMA POBREZA EN EL 2021.

(Viene de la página 9)

“Si tienes coca, te agarran como narco, estás con temor, pero con cacao, con plátano, estás tranquilo. Antes no pensábamos en lo que hacíamos. Solo pensábamos en la plata, en comer, tomar”, dice Arminda Zevallos, mientras pone una pizca de sal sobre los chifles antes de embolsarlos. “Dios nos ha dado las plantas, es el hombre que las usa para el mal”.

EN BUSCA DE UNA NUEVA VIDA

No es posible saber, indica la Coordinadora Nacional de Derechos Humanos, cuánta gente fue exterminada en medio del fuego cruzado entre militares, terroristas y narcotraficantes en esta zona del Alto Huallaga. Solo queda la memoria de que fueron cadáveres de campesinos los que aparecían tirados en las trochas, quebradas y playas de los ríos.

Años después de terminado el régimen de Alberto Fujimori, muchos pobladores que habían abandonado sus viviendas y cultivos de coca por miedo a morir, regresaron a sus caseríos. Cuando Arminda Zevallos y su marido llegaron desde la sierra de Huánuco, “todo era monte nomás, el centro del caserío vacío, desolado”. Pero las chacras seguían cubiertas de cicales. Arminda y sus amigas también tenían los suyos.



Al inicio sentía mucho temor por la vacuna contra el Covid-19. Pero luego en las capacitaciones de la Alianza por la Amazonía nos enseñaron que la vacuna es para protegernos. También para poder viajar y entrar a los bancos a hacer trámites.



ARMINDA ZEVALLOS

SOCIA DE WARMI ARUJ

“Salía como pan caliente, 400, 500 dólares cada tres meses por 25 arrobas de purita hoja. Nos alcanzaba para vivir”, cuenta Liz Rufino, que incluso tuvo su propio pozo de maceración. “Las autoridades no decían nada porque todos estaban en eso”. Mientras que para cultivar cacao se necesitaba dinero para el abono y esperar hasta un año para ver los frutos, “la coca es bien fácil sembrar: plantas y en tres meses ya estás sacando”, afirma Arminda Zevallos, cuya parcela hoy tiene solo platanales y cacao.

La ingeniera forestal Pamela Córdova, promotora del componente económico del proyecto Alianza por la Amazonía frente al Covid-19, era una veinteañera que hacía prácticas en CEDRO durante esa época. Entre 2009 y 2014, viajaba por los caseríos del Alto Huallaga dando talleres de emprendimiento para mujeres. Una vez cierto líder cocalero irrumpió en la reunión y los amenazó: “¿Quiénes son de CEDRO? ¡De acá los vamos a sacar cortando su pelo! ¡Los vamos a botar calatos!”.

Si bien las familias no querían dejar la coca, algunas personas ya no soportaban vivir así, con miedo y terror. Los operativos para desaparecer esta planta se hicieron cada vez más severos e



68%

de las personas beneficiarias de la Alianza son mujeres de la Amazonía del Perú.



1.454

personas han participado de los talleres de educación financiera en las comunidades de Huánuco.



45

agentes comunitarios fueron involucrados en acciones comunicacionales en sus comunidades.



85

microcréditos han sido desembolsados por la ONG ADRA para iniciativas económicas.



217

personas han sido capacitadas en emprendimientos en Huánuco.

impredecibles. Hasta 50 erradicadores llegaban temprano a los plantíos de Venenillo, bajaban en cuerdas desde un helicóptero, y arrancaban las plantas de raíz a punta de pico y machete.

La promotora Córdova cuenta que por esos días entrar a los caseríos después de la erradicación era fuerte: “Las casas abandonadas, cerradas, perros desnutridos. Cuando hacíamos los talleres, la gente estaba así, como cuando has castigado a un niño y se resigna”.

Aunque en el caso de Arminda Zevallos la razón de su cambio vino más por convicción que por resignación: “Mi hijo mayorcito estaba entrando en malas juntas, en eso de la droga. Gente que viene a jalar a los jóvenes a trabajar a los pozos. Hablé bastante con él, estaba rebelde. Ver que mi hijo andaba por el mal camino, después de tanta muerte que he visto... Creo que eso me hizo reflexionar”.

“TENGO UNA IDEA”

¿Era posible encontrar otro modo de ganarse la vida? Las emprendedoras lo intentaron. Entonces se dedicaron por entero a cultivar plátano y cacao en sus chacras; a criar sus gallinas, cuyes y patos. Cuando podían, vendían juanes, papita con huevo y cachangas con café, y así lograban sostenerse. También comenzaron a asistir a la Iglesia Alianza Cristiana de Venenillo, y allí fue donde, entre oraciones y alabanzas, las tres futuras socias se volvieron muy amigas.

Los años pasaron. Gracias a programas sociales como el Fondo de Cooperación para el Desarrollo Social (Foncodes), en 2018 las tres amigas decidieron participar de un concurso que financiaba emprendimientos. Solo tenían que crear una asociación y pensar en un proyecto.

Arminda Zevallos, que habla quechua, propuso el nombre: Warmi Aruj. ¿Y con qué proyecto postularían? ¿Comida? ¿Artesanías? “¡Tengo una idea!”, dijo Liz Rufino a sus amigas.



Cuando los chifles están listos, se los coloca en sus respectivas bolsitas, a las que se les pega la etiqueta y se sellan con una máquina especial.



Además de impulsar los emprendimientos en Venenillo, el proyecto ha contribuido a mejorar la salud física y psicológica de las personas.

Alianza por la Amazonía frente al Covid-19

Este proyecto contribuye a mitigar los impactos sanitarios, sociales y económicos de la pandemia en comunidades nativas y de Desarrollo Alternativo a través de acciones comunicacionales (de prevención del coronavirus y empoderamiento comunitario), de soporte de salud mental y de recuperación económica. El trabajo de la Alianza por la Amazonía posee un enfoque de sostenibilidad fundamental: no se trata de brindar asistencialismo, sino

de fortalecer capacidades que mejoren la calidad de vida en el futuro.

El proyecto, además, ha establecido alianzas estratégicas con el Ministerio de Salud, Ministerio de Educación, Programa Médico Esperanza Amazónica del Perú, Alianza Forestal / Asociación para la Investigación y el Desarrollo Integral-AIDER, ADRA Perú, así como con municipalidades provinciales y distritales y diversos medios de comunicación locales. ●

(Viene de la página 16)

“¿Por qué no hacer algo con el plátano? Acá tenemos bastante”. Así nació la idea de hacer chifles. El problema era que ninguna de las tres sabía bien cómo prepararlos.

“Como no sabíamos, agarrábamos el bellaco, un plátano con bastante almidón, que se nos quemaba rapidito. Luego usamos inguiri y el chifle terminaba todo blanqueado”. Para que les saliera amarillo, cuentan, le echaban cúrcuma en polvo o freían los chifles en manteca. “¡Y sabía bien feo, no pasaba nada!”. Así estuvieron experimentando hasta que un ingeniero amigo de Liz, que trabajaba en el municipio, le recomendó que utilizara plátano palillo verde y aceite de soya. “Hágalo así y te acordarás”, le dijo. “Te quedará amarillito, más suave, medio saladito, y te durará más”.

En abril de 2018 postularon con esos chifles a un concurso y ganaron ocho mil soles en implementos —rebanadora portátil, sartén, cocina mejorada, balanza, selladora de bolsas, ollas— para empezar su emprendimiento.

Desde ese día, las tres socias se organizaron para sacar adelante el negocio: Graciela se encarga de desmanar el racimo, remojar los plátanos en agua tibia, pelarlos y lavarlos nuevamente para quitarle la resina; Arminda, de cortarlos en láminas y freír todo en la chiflera de acero inoxidable, para que Liz, finalmente, deje a enfriar los chifles sobre un papel absorbente, les ponga una pizca de sal, los meta en bolsitas, les pegue una etiqueta y selle cada paquete con una máquina especial.

Al principio, les costó vender su producto. Ponían un puestito junto a la carretera, a 50 céntimos cada bolsita de 45 gramos. “Cuando recién empezamos vendíamos en las ferias de Tingo María, en los colegios, y hacíamos cuentas así nomás”, cuenta Arminda, “no sabíamos si ganábamos o perdíamos”. Como no producían tanto plátano palillo en su chacra, a veces tenían que comprar un racimo (de hasta 200 plátanos) a algún vecino. Con eso lograban hacer unas 150 bolsitas. Pero con ese ritmo de



95.319

personas recibieron información en salud integral en Huánuco (comunicación masiva, redes sociales y acciones informativas).



32

personas han ganado el concurso Construyendo Emprendimientos y han recibido apoyo para sus negocios.



11

medios de comunicación fueron involucrados en la publicación y difusión de mensajes acerca del Covid-19.



Arminda Zevallos y Liz Rufino recibieron capacitación y asistencia técnica para impulsar su negocio de chifles. Además, ganaron el concurso de emprendimientos de la Alianza por la Amazonía, por lo cual recibieron ayuda económica para comprar implementos.



Hoy nuestro sueño es tener una planta de producción donde podamos hacer otros productos derivados del plátano, como mermeladas, vinagres y harinas para postres. Queremos seguir creciendo.



LIZ RUFINO
PRESIDENTA DE LA ASOCIACIÓN
WARMI ARUJ

GRACIAS A LOS REGISTROS SANITARIOS QUE ACABA DE OBTENER LA ASOCIACIÓN, SUS CHIFLES PODRÁN LLEGAR A NUEVOS MERCADOS MUY PRONTO.

producción no podían abastecer a clientes que le pedían más bolsitas cada semana. Y en ese dilema estaban cuando llegó la pandemia en marzo de 2020 y, como tantas cosas en el mundo, el negocio se paralizó.

EL GOLPE DEL VIRUS

En ese primer año de emergencia nacional, Venenillo parecía un pueblo fantasma. La mayoría de vecinos, como en la época más sangrienta de la subversión, se aislaron en sus chacras, en sus chozas y tambos.

“No salíamos a la ciudad, teníamos miedo. Todos estaban como secuestrados. No podía encontrarme con mis socias. Los vecinos nos mirábamos como leprosos”, recuerda Arminda, que, aunque no se hizo una prueba, cree que sí se contagió. “Me dolía mi cuerpo, los huesos, tosía, tomé Paracetamol y yerbas, pero no me hacía nada”.

En su casa también había problemas. Su marido perdió su trabajo como profesor de primaria. Sus hijos pequeños difícilmente podían seguir sus clases virtuales por el celular. Aunque, tal vez, lo que más le entristeció fue que cerraran su iglesia. “Entonces todos los hermanos salíamos a las chacras, caminábamos una hora y media hasta un lugar abierto y orábamos. Eso nos animaba”.

Así fue casi medio año, hasta que, a finales de 2020, por fin las tres emprendedoras de Warmi Aruj volvieron a juntarse (con mascarillas, alcohol y a una distancia prudente). Por esos meses el proyecto Alianza por la Amazonía frente al Covid-19, impulsado por CEDRO y USAID, también había llegado a Venenillo. El objetivo: atenuar los impactos sanitarios, sociales, emocionales y económicos de la pandemia en poblaciones vulnerables de Desarrollo alternativo.



Las socias de Warmi Aruj recibieron capacitaciones en educación financiera. Gracias a esto entendieron la importancia del ahorro. Hoy tienen una cuenta en una entidad bancaria.



El potencial que tiene el producto de Liz, Arminda y Graciela es muy grande. En poco tiempo han multiplicado su capacidad de producción y hoy sus chifles se venden fuera de Venenillo.



FABIOLA CÉSPEDES

COORDINADORA GENERAL DEL COMPONENTE DE RECUPERACIÓN ECONÓMICA DE LA ALIANZA POR LA AMAZONÍA



Para reconocer oportunidades en Venenillo, el equipo de la socióloga Verónica Colqui, coordinadora regional en Huánuco del proyecto, indagaron sobre los pequeños emprendimientos de la provincia de Leoncio Prado, donde se ubica Venenillo. Revisaron la base de datos de la subgerencia de desarrollo empresarial de la provincia e identificaron más de 30 iniciativas. Entonces el equipo fue a buscarlos. Querían saber cuántos de esos proyectos seguían con vida.

En el caserío de Venenillo encontraron tres. Uno de ellos fue el de Warmi Aruj. Así, a lo largo de todo el 2021, la población en Venenillo recibió diversas capacitaciones en negocios, así como asistencia en salud física y mental.

“Cuando empezamos a trabajar en mayo de 2021, existía un nivel alto de estrés por causa de la pandemia”, cuenta Sarvia Reyes, especialista en soporte psicoemocional de la Alianza por la Amazonía. La psicóloga de 27 años recuerda que cuando conversaba con las madres, le contaban que “tenían problemas de convivencia con sus hijos, sus maridos habían perdido el trabajo o se enfermaban, otras tenían préstamos y vivían desesperadas por conseguir plata”.

Eso les causaba irritabilidad, dolores de cabeza, falta de sueño y concentración. Ir a la iglesia les daba cierta paz, pero no era suficiente. Por eso en cada taller de capacitación técnica o visita a sus hogares para monitorear sus emprendimientos, Sarvia dedicaba un espacio para hablarles de resiliencia, cómo prevenir la violencia en su vida familiar, e incluso enseñarles ejercicios de respiración para manejar la ansiedad.

Arriba. Arminda, además de una gran emprendedora, es una madre abnegada.

Abajo, de izquierda a derecha. Sarvia Reyes, psicóloga del componente de salud mental del proyecto; Pamela Córdova, promotora de recuperación económica; Angélica Rengifo, comunicadora; y Verónica Colqui, coordinadora regional en Huánuco.



622

profesionales y técnicos de la salud

han sido capacitados en salud mental y contención emocional.



195

agentes comunitarios

han sido capacitados en prevención de la salud integral para replicar conocimientos en sus comunidades.



899

atenciones en el campo de la salud mental

se han realizado en Huánuco.



“A eso no le llaman depresión, sino tener ‘una preocupación’. Y no le dan mucha importancia porque así siempre ha sido su vida. Por su misma rudeza. Ellas no van a decir: hoy no voy a la chacra porque me siento mal. No. Ellas sí o sí tienen que ir”, explica Sarvia. Para la psicóloga, la pobreza también es eso: no tener tiempo ni recursos para ocuparnos de las emociones que nos hacen daño.

Pese a todo, el trabajo de Sarvia y sus compañeras dio fruto. Al fin del primer año del proyecto, el 80% de las personas atendidas (en sesiones de orientación, consejería y soporte psicoemocional) incorporó cambios positivos en su autoestima, manejo del estrés y resiliencia, habilidades para enfrentar problemas emocionales causados por la crisis sanitaria.

Para esos momentos, ya existía la vacuna contra el Covid-19. Sin embargo, muchos vecinos de Venenillo, ya sea por desinformación o razones religiosas, se resistían a ella. “Pensaba que era la marca de la bestia”, se ríe Arminda Zevallos al recordar esos momentos. Hasta hace unos meses le llegaban mensajes a su WhatsApp de sus vecinos y hermanos de la iglesia que le advertían del “sello del Anticristo”, o que le iban “a poner un chip”.

“Por eso tenía temor. Incluso a mi niña no la hice vacunar. Pero luego en las capacitaciones de la Alianza por la Amazonía nos enseñaron que la vacuna es para protegernos. También para poder viajar y entrar a los bancos a hacer trámites”, dice. A través de talleres y charlas informativas, junto con los agentes de salud, Arminda y sus amigas terminaron de convencerse, además de continuar con el lavado de manos, el uso de mascarillas y los protocolos de bioseguridad a la hora de hacer sus chifles.

EL ABC DE UNA EMPRENDEDORA

Las emprendedoras de Venenillo, por supuesto, no solo aprendieron a proteger sus cuerpos y sus emociones. Gracias al componente de recuperación económica del proyecto también aprendieron a cuidar sus bolsillos. A través de talleres de educación financiera a lo largo del 2021, las tres amigas fueron capacitadas en lo que la socióloga Verónica Colqui llama “el ABC del emprendedor”.



La pandemia hizo que los pobladores de Venenillo se acercaran al mundo digital. Ahora, gracias a la telemedicina, pueden tener contacto con médicos de Lima.

Telemedicina: consultas médicas a distancia

En Venenillo existe el Telecentro, un local amplio con unas 10 computadoras. A este espacio acuden los vecinos del caserío para llevar clases de internet, realizar trámites en línea o fotocopiar documentos sin pago alguno, gracias a otro proyecto de CEDRO y USAID llamado Alianza Crece. El servicio más importante, sin embargo, es la plataforma virtual de telemedicina, gracias a la cual los pobladores pueden acceder gratis a atenciones médicas con profesionales de Lima. Para esto, el proyecto Alianza por la Amazonia frente al Covid-19 firmó un convenio con la empresa Smartdoctor.

Para el presidente de la junta vecinal, David Salazar, este servicio es muy importante, sobre todo en el contexto de la emergencia sanitaria. Según él, si bien solo cuatro vecinos del caserío murieron de Covid-19, los servicios de salud deben mejorar mucho en Venenillo. “Al no haber suficiente personal médico al cual acudir, la gente se salvó del virus tomando yerbas medicinales”, afirma. La telemedicina, por ello, es un gran espacio para tener contacto con médicos en el momento oportuno. Hoy las emprendedoras de Warmi Aruj también se atienden allí. ●



Arriba. Los productos de Warmi Aruj se han vendido ya en Casma, Lima y Chiclayo. La asociación tiene el objetivo de llegar a nuevos mercados. **Abajo.** En las capacitaciones se les enseñó a las mujeres a diseñar un plan de negocios y a llevar sus cuentas de forma organizada.

“No les podíamos hablar de costos de producción, costo fijo, costo variable, porque es complicado. Lo hicimos más fácil: tienes que saber cuánto te cuesta hacer el producto, cuánto vale tu mano de obra, cuánto estás ganando o perdiendo”, explica Colqui. Así aprendieron a diseñar un plan de negocio, cómo manejar su presupuesto, cómo solicitar un microcrédito, cómo identificar su propuesta de valor: qué tienen sus chifles que otros chifles no tienen.

Con ese entrenamiento, Warmi Aruj ganó un concurso de emprendedores impulsado por la Alianza por la Amazonía y, con esto, dos freidoras de acero especializadas en chifles y un picador industrial que acoplaron a los equipos que ya tenían. Ahora podrían triplicar su capacidad de producción a mil bolsitas de chifle al día, y hasta se animaron a diseñar una etiqueta con el nombre de su asociación en una tipografía colorida y divertida, con la foto de sus chifles y unos plátanos verdes.

Más allá del premio, el proyecto continuó fortaleciendo a estas emprendedoras con más de 40 horas de capacitaciones y asistencias técnicas en manipulación de alimentos, innovación y calidad de productos, habilidades de negociación y también financió la gestión de un registro sanitario para ampliar su mercado.

Hoy las señoras de Warmi Aruj han colocado sus productos en algunos puestos en otros caseríos del Alto Huallaga, a través de conocidos y familiares. Y ahora que acaban de sacar su registro sanitario, pueden llegar mucho más allá de Venenillo. A Casma, en la ciudad costera de Chimbote, ya han despachado 500 bolsitas a un cliente. En Chiclayo y en Lima, algunos familiares que tienen bodegas también les han hecho pedidos.

“Aunque ahora con el alza de los combustibles, vamos a subirle el precio, de un sol a un sol cincuenta, para que nos salga a cuenta”, dice Liz Rufino, con mentalidad de empresaria, mientras alista una enorme batea donde tiene medio ciento de bolsitas de chifles de palillo (verde y maduro) y de pituca. Son los pedidos que van a repartir en las tiendas del caserío.

Con lo aprendido en las capacitaciones, las tres socias tienen el proyecto de contar con una planta de producción donde puedan desarrollar otros productos derivados del plátano, como mermeladas, vinagres y harinas para postres, además de aprender a convertir el cacao de sus chacras en pasta de chocolate, como ya está haciendo Arminda Zevallos.

“Bastantes cositas se pueden hacer. Ahora trabajo sanamente”, dice Arminda esta mañana soleada. En su chacra, muestra las diferencias entre las especies de plátano: “del palillo sus hojas son más anchas, verde oscuro, del moquicho es larguito nomás, el de la isla es medio amarillón, y del morado pues su tallo es morado. ¿Hacer chifles con esos plátanos? Aún no lo hago, pero ya está en mi mente”.

LAS EMPRENDEDORAS HAN RECIBIDO MÁS DE 40 HORAS DE CAPACITACIONES. CUANDO ASISTEN A FERIAS, PUEDEN VENDER MÁS DE 300 BOLSAS DE SUS CHIFLES.



Luego de producir y empaquetar sus chifles, Arminda Zevallos y Liz Rufino se encargan ellas mismas de llevarlos a las tiendas de Venenillo que han confiado en su producto.

WARMI ARUJ PRODUCE CHIFLES EN TRES PRESENTACIONES: DE PALILLO VERDE, DE PALILLO MADURO Y DE PITUCA, UN TUBÉRCULO DE CÁSCARA MARRÓN Y PULPA BLANCA CON PEQUEÑOS PUNTITOS ROJOS.

(Viene de la página 29)

A ese conocimiento que le ha dado la tierra, Arminda y sus amigas han sumado la mentalidad que debe tener un emprendedor. “Antes no sabía dónde guardar mi dinero. Lo guardaba debajo del colchón, no sabíamos ahorrar. Ahora ya tengo mi cuenta en el Banco de la Nación, y mi dinero está seguro. Eso me va a servir para alguna emergencia, para mis hijos. Ahora sé tratar a mis clientes, ser amable, mostrar mi producto, hacerles probar, con cariño. Ese ejemplo le doy a mis hijos”, dice Arminda. Su hijo mayor, el que antes era rebelde, ahora está en Chimbote estudiando para ser profesor.

No es un secreto para nadie aquí que el narcotráfico sigue en el Alto Huallaga. El peligro no ha desaparecido. “Nuestra presencia representa darles una opción, para que no vuelvan a la coca, para que continúen en la vida lícita”, afirma Verónica Colqui.

Las emprendedoras saben de vecinos que aún cultivan la hoja en sus chacras, “bien adentro en el monte”, pero ellas no quieren volver a lo de antes. “¡Ahora yo mismo boto la coca de mi chacra!”, afirma Liz Rufino. Meses antes, cuenta, encontró una planta prohibida junto a su cacao, “seguramente, alguna semilla traída por las aves”, y la macheteó hasta sacarla de raíz.

Arriba. La población, al igual que las socias de Warmi Aruj, recibió información valiosa sobre la prevención del Covid-19. Abajo. Hoy se respiran aires nuevos en Venenillo. Los padres no quieren que sus hijos sufran como ellos lo hicieron por el terrorismo y el narcotráfico.

“Pero ayer fui a la chacra y encontré de nuevo la coca. Había crecido y se había vuelto bien coposa, bien verde, abrazada al cacao, como si lo asfixiara”, se reía la emprendedora de Venenillo. “Así que en cualquier momento la voy a eliminar. Ya no le quiero ya, ¿para qué? Cuando vives de la coca, no tienes tranquilidad. Y no quiero que nada me quite mi paz”. ●





El Alto Huallaga fue ocupado con mayor intensidad desde los años cincuenta por colonos y migrantes de la sierra de Huánuco, Huancayo, Junín y Cerro de Pasco. Ellos llegaron incentivados por el Estado a través de proyectos de colonización o por la escasez de tierras en sus pueblos.



Venenillo tiene una superficie de casi 5 mil kilómetros cuadrados y una población aproximada de 2 mil habitantes. La agricultura es una de sus actividades principales. Sus pobladores producen, principalmente, café, cacao, palma aceitera y plátano.



**ALIANZA
POR LA AMAZONÍA
FRENTE AL COVID-19**

